

DOS ARTÍCULOS DESCONOCIDOS DE RUBÉN DARÍO

Humberto E. Robles

En 1968 la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en Quito, publicó *Rubén Darío y Ecuador*. En ese homenaje al vate nicaragüense, en conmemoración de su natalicio, 1867, participaron los más distinguidos miembros de la *intelligencia* ecuatoriana del momento. Sin embargo, y a no ser por un artículo de Abel Romeo Castillo,¹ casi no hay documentación en lo que respecta a la relación entre Darío y Alfaro y, menos aún, Plaza. Incluso Castillo apenas suministra datos que conecten a los mismos con Darío. Si hace referencia, no obstante, a un artículo en que Darío, más bien de paso, evoca el haber conocido personalmente a dos «prohombres ecuatorianos»: Alfaro y Plaza.

El tal artículo, titulado «Ecuador», apareció en marzo de 1912 (y no en 1914 como apunta Castillo) en *Mundial*, la *magazine* parisina, cuya dirección, durante los años de su existencia, 1911-14, estuvo a cargo de Darío.² El escrito fue después reproducido como uno de los capítulos de *Prosa política (Las repúblicas americanas)*, tomo XIII de las *Obras completas* de Darío (Madrid, Editorial Mundo Latino, 1918, pp. 161-169).

Los textos que transcribimos a continuación, pues, son desconocidos; y, si bien no son inéditos, han permanecido en el olvido. En ellos se establece, de hecho, que Darío sí conoció personalmente a los dos ex-presidentes ecuatorianos; y, aún más, que formuló latas opiniones sobre los mismos.

1. Abel Romeo Castillo, «Los amigos ecuatorianos de Rubén Darío: Montalvo, Proaño, Alfaro y otros», en *Rubén Darío y Ecuador*, Quito, Casa de la Cultura, 1968; pp. 137-143. En este artículo el prestigioso historiador guayaquileño reconstruye las relaciones de Darío con el Ecuador, más que nada con Montalvo y Proaño. Para dicho cometido, Castillo se apoya mayormente en el libro de Edelberto Torres, *La dramática vida de Rubén Darío*.
2. En el «Film de París» transcrito aquí, Darío habla de dos periódicos que el dirige en París. El uno fue *Mundial*; el otro *Elegancias*, dedicado a un público femenino.

El escrito sobre Leonidas Plaza sí lo han recogido las bibliografías, pero lo catalogan inexactamente. Así, la ficha 753 de la bibliografía de Carlos Lozano, *Rubén Darío y el modernismo en España 1888-1920*, New York, Las Américas Publishing Co., 1968, p. 128, nos remite al artículo «Leonidas Plaza G.», *Hojas sueltas*, Madrid (enero 1902), pp. 897-98. A su vez, Arnold Arnaud del Greco en la anotación 514 de su *Repertorio bibliográfico del mundo de Rubén Darío*, New York, Las Américas Publishing Co., 1969, p. 179, repite lo dicho por Lozano. Ambos bibliógrafos yerran en cuanto al nombre de la revista y en cuanto al lugar de publicación. El artículo apareció en *Hojas selectas*, Barcelona (enero 1902), pp. 897-98.

El «Film de París», que versa mayormente sobre Eloy Alfaro, no lo rastrea ninguna de las dos bibliografías anotadas. Ya lo hemos indicado en otro lugar que —en vista de que Darío inició su colaboración con *La Nación* de Buenos Aires en 1889, y puesto que Darío habla en el artículo que reproducimos de que iba a cumplir 25 años como corresponsal del diario bonaerense, y recordando, además, que Alfaro murió en febrero de 1912 y Darío, a su vez, en febrero de 1916— optamos por revisar los años de 1912-16 de *La Nación*, a fin de ver si constatabamos la fecha original de publicación del artículo.³ La búsqueda resultó infructuosa.

Decíamos antes que ninguna de las bibliografías arriba mencionadas registra el artículo. Lo que no quedó claro, sin embargo, es que ambos bibliógrafos sí incluyen títulos publicados en *Cervantes*. Por eso es instructivo al respecto que del Greco no lo haya encontrado en *Cervantes* (¡y tampoco en *Mundial!*), y esto a pesar de reseñar ambas revistas durante los años que interesan. El que no lo documente como un texto que apareció en *Cervantes* sí resulta algo extraño, especialmente en vista de que a mano tenemos una fotocopia del artículo. Esto se deba probablemente a que del Greco, en lo que toca a las dos publicaciones en cuestión, pareciera repetir lo que Lozano ya había recopilado; y éste, cabe conjeturar, no tuvo acceso a la colección completa de *Cervantes*.

Aparte de la importancia que tienen estos textos de Darío para la historiografía ecuatoriana, los mismos interesan no solo para subrayar las luchas por la opinión pública que se libró en el Ecuador entre los partidarios de Alfaro y Plaza, sino para poner en perspectiva y cotejo unos tantos de los valores culturales que tradicionalmente se identifican con Darío y con el modernismo que él representaba.

En ambos textos está claro el propósito de interpelar a un sujeto. La construcción de una simbólica comunidad hispanoamericana también se la deduce expresa allí. El lector deriva de esos escritos, pues, toda una serie de juicios

3. «Poder/Literatura: Eloy Alfaro, Martí, Darío y Vargas Vila» en Gilda Holst, compiladora, *La revolución alfarista: 100 años de lucha por el cambio sociopolítico en el Ecuador*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1996, pp. 82-98.

que remiten a rancias oposiciones que son parte del diccionario de ideas que informa la cultura del continente. He allí: el desconocimiento europeo «de la existencia política ... social e intelectual» americana; la confusión de la tragedia de nuestros países «con la opereta» —y el aprovechamiento de esas circunstancias por la literatura; la visión de los Estados Unidos como potencia «imperialista y peligrosa»; el énfasis en la cultura, en la aristocracia y en el cosmopolitismo contrapuesto al «romanticismo de las tiranías» de «'por allá'», al desdén por el «cruel cacicazgo, negro o rojo» y al «despotismo primitivo» de «'tierra caliente'».

Asimismo, implícitamente se contrapone en esos textos la ineludible búsqueda de Darío por lograr la forma de belleza ideal que persigue, por llegar «al abrazo imposible de la Venus de Milo» (notoria búsqueda en sus *Prosas profanas*), frente a una realidad americana que él ve achacada y poblada de «sátrapas», de «tiranuelos» y de «politiquillos» provenientes de «aquellas repúblicas pequeñas».

¿Qué se deduce de lo dicho por Darío? ¿Desprecio? ¿Civilización en favor de barbarie? ¿Eurocentrismo, metropolitanismo? ¿Anhelo de aristocracia, de ideal, de modernización? El lector sabrá calibrar los dos escritos, y sabrá sopesar esos juicios, también, en términos de lo que en la memoria colectiva, popular, del pueblo ecuatoriano se ha venido gestando en la esfera pública en torno al sitio o sitio que le corresponde, respectivamente, ya a Alfaro o a Plaza en la historia del país.

Se reproducen aquí los dos artículos respetando la ortografía y la puntuación original.

Excmo. Sr. General Leónidas Plaza G.¹

ACTUAL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR

Hace ya algunos años, en la república de Nicaragua, ya junto a la tranquila bahía de Corinto, ya en la vieja ciudad de León, ya a las orillas del lago de Managua, tuve oportunidad de estrechar relaciones con un distinguido militar, compatriota de Juan Montalvo y de Eloy Alfaro, alejado de su país por motivos políticos. Joven, había ya logrado distinciones y honores. Diferente a la mayoría de los que en América se dedican a la carrera de las armas, su cultura llamaba la atención desde el primer momento. Federico Proaño me había hablado de su talento, y el célebre general Alfaro de su carácter.² En la América Central se impuso en cuanto fue conocido, y a la acogida social se agregaron

1. El nombre aparece escrito «Leonidas», con acento en la «o». Anterior a este título aparece reproducida una fotografía del General Leonidas Plaza Gutiérrez: lleva smoking, corbata de lazo blanca, el pecho aparece cruzado de la banda presidencial del Ecuador, escudo inclusive.

solicitudes de los gobiernos para que ocupase puestos de alta importancia. Era el tiempo en que aún el Ecuador estaba dominado por un partido de reacción, bajo cuyo poder tantos emigrados ilustres buscaron lugares de actividad y de expectativa en el extranjero. Montalvo murió en París; Marcos Alfaro en San Salvador;³ Federico Proaño en Guatemala. Eloy Alfaro, después de largas bregas, logró por fin el triunfo de su causa y ocupó la presidencia de su patria. Aquel joven militar, que había conquistado, junto con el generalato, simpatías y partidarios, venció en su suelo natal, agregando á sus victorias autoridad política y prestigios. Su nombre, Leonidas Plaza G. El puesto que hoy ocupa, la silla presidencial del Ecuador.

* * *

La ascensión al poder del actual gobernante ecuatoriano, es un caso especial de la historia política de América latina. No ha de tardar mucho tiempo en que el Ecuador sea señalado en el mundo por su renaciente brillo, así como en un tiempo fue famoso por su terrible sombra. Y la América latina verá claramente los nuevos rumbos que hay que tomar. Las presidencias latinoamericanas han sido casi siempre una especie de sangriento y dorado cubil, en que han dado ejercicio á sus instintos, doctores de intriga ó generales de terror. Europa ha visto, con cierta curiosidad no exenta de desdén, la muestra de gobernantes americanos de lengua española que han llegado una que otra vez á este viejo continente. La leyenda del cruel cacicazgo, negro ó rojo, conservador ó liberal, se ha propagado en gran manera. Tales ó cuales autores la han aprovechado en el libro y en el teatro, y la tragedia lejana ha sido á menudo confundida con la opereta. Y es que la mayor parte de esos jefes de Estado han vivido y obrado para su campanario ó dentro de su egoísmo de cortas vistas. Jamás, ó rara vez, han pensado en engrandecerse engrandeciendo á su nación. El único caso,—y esto es verdaderamente revelador,—ha sido el de un Porfirio Díaz, juzgado por un Tolstoi. El desconocimiento de la existencia política americana, —como de la social é intelectual—, llega en Europa hasta lo absurdo. Yo recomendaría la personalidad del general Plaza á M. Paul Adam, que acaba de recomendarnos tan entusiásticamente la figura de Miranda.⁴ El alma de Miranda resurge en

2. Federico Proaño (1848-1894), periodista cuencano. Amplias noticias sobre esta figura las encontramos en el artículo de Abel Romeo Castillo, «Los amigos ecuatorianos de Rubén Darío: Montalvo, Proaño, Alfaro y otros», en *Rubén Darío y Ecuador*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1968, 140-42.
3. Pocos datos hay sobre el Dr. Marcos Alfaro, hermano menor de Eloy, excepto que fue dueño del diario guayaquileño *El Popular* y que murió en el extranjero.
4. Paul Adam (1862-1920), novelista, autor dramático y periodista francés. Darío quizás alude así a *Le Thé chez Miranda* (1866) de Adam. Para referencias tangenciales sobre esta figura y Darío, véase Enrique Anderson Imbert, *La originalidad de Rubén Darío*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967. Las referencias a León Tolstoi (1828-1910), Porfirio Díaz (1830-1915) y Francisco de Miranda (1750-1816) no requieren explicación.

la América nuestra. Ella anima las recientes luchas y se manifiesta en distintos Avatares. Ella aparece ahora en el capitolio de Quito.

Un acto reciente del general Plaza le ha ganado una corriente de simpatía en las naciones civilizadas. Y es ese acto el haber hecho significar al presidente Roosevelt, —al jefe de la gran república imperialista y peligrosa,— que sus representantes en el Congreso Pan-Americano de México llevan instrucciones de sostener de todo punto las conclusiones del Congreso pacificador de La Haya, las cuales establecen en uno de sus artículos que la convención del arbitraje se concierta por disidencias ya existentes ó por disidencias eventuales: esto es lo que todas las repúblicas americanas sostienen, con excepción de Chile, que estima dañoso tal principio para sus intereses en la pendiente cuestión de Tacna y Arica.

Tal rasgo caracteriza al jefe ecuatoriano, y se explica el eco simpático que ha respondido á su declaración. Tanto de mayor valer esa actitud, ese bello gesto, cuando que el que lo hace es un probado hombre de guerra, cuyas energías han sido más de una vez demostradas y á quien la victoria tanto ha sonreído. Nada más hermoso que el varón de lucha tendiendo al afianzamiento de la paz.

Este ejemplo deberían meditar algunos presidentes americanos que entronizando un despotismo primitivo, provocan á la continua agitaciones y revueltas que son las ruinas de los Estados, y los cuales, en juegos de cancillería, tienen como mira la política desleal y la conquista.

Creería yo dejar de cumplir un deber si no enviase mi caluroso aplauso al eminente mandatario de la república del Ecuador.

París

RUBÉN DARÍO.

[Hojas selectas (Barcelona), enero 1902, pp. 897-898]

FILMS DE PARIS

I

ADVERTENCIA

Pronto voy a cumplir veinticinco años de haber publicado mi primer artículo en *La Nación*.

Mientras llega el momento de que yo celebre estas bodas de plata—*bélas*—esperando las de oro, en Buenos Aires, palabras que tengo dadas a tantos amigos y que hoy afirmo a los de Casa, voy a permitirme—lo que nunca he hecho—ser *grincheux*.

Y se trata de esto:

Aunque en mi vida haya tenido representaciones diplomáticas y consulares, por mi país de origen, y otros, jamás he tenido otra base de vigor vital —por mi inteligencia y mi trabajo— que la que me dio el Sr. D. José Victorino Latorria,¹ en una carta de recomendación y presentación a quien ya hoy no se puede nombrar sino en odas o gestos. Pero puesto que me veo obligado a hablar de páginas de mi vida, que quizá más tarde contribuyan a la historia de nuestras Letras, diré que por obra e indicación del señor General Mitre entré yo en *La Nación*, y que mi primer artículo fue sobre ya no sé cual príncipe brasileño que llegara a Valparaíso en una corbeta de guerra.

¿A qué viene todo esto?

A lo siguiente:

He visto en algún diario de tierras cálidas y queridas, artículos míos, escritos especialmente y únicamente para *La Nación*, de Buenos Aires, que llevan, reproducción, el subtítulo: *Especial para tal periódico*.

Conviene, y me conviene declarar lo siguiente: Yo no escribo especialmente sino para *La Nación*, de Buenos Aires y para los dos periódicos que dirijo en París, y esto en exclusiva literatura. Hace unos meses, de Venezuela, se me pidió—por intermedio honroso de Manuel Díaz Rodríguez,² que es un gran cerebro también—una corta colaboración bimensual por el principal diario de allá, dirigido por el célebre poeta Andrés Mata. Acepté y cobrando muy caro.

Lo escribo porque ya no soy joven y porque por algo ganamos entorchados en la fila en donde tenemos un Mariscal en el Mundo, y mi primer patrón se llamaba Bartolito. El segundo se llamaba Juan Cancio.³

1. La referencia es al conocido escritor chileno José Victorino Lastarria (1817-1888). Sabido es que éste escribió una carta de recomendación al general Bartolomé Mitre (1821-1906) en favor de Darío. Mitre estaba en 1899 al frente de *La Nación* de Buenos Aires.
2. Andrés Mata (1870-1931). Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927). Escritores venezolanos. El último es ampliamente conocido por sus importantes novelas *Idolos rotos*, *Sangre patricia* y *Peregrina*.
3. Referencias, seguramente, a la cuestión dinero. Darío parece indicar que éste es el único Mariscal en el Mundo; que su primer patrón fue Bartolito, deducimos que se trata de un diminutivo de «bartolo», lo cual *sugiría* que en un momento el dinero *no le importaba*; y, en lo referente a Juan Cancio, podría tratarse de un error de imprenta: «cancho» en vez de «cancio». En Chile la palabra «cancho» significa propina, acepción que encajaría lógicamente con la aparente referencia al dinero que corre por toda esta oración. Ese presunto juego de palabras aparte, el amigo y colega uruguayo Hugo Achugar, asiduo lector de Darío, me sugiere, y mucho se lo agradezco, otra pauta de lectura, sin duda más plausible, y es la posibilidad de que Darío se refiriera a Bartolomito Mitre. ¿Se conocía así a Bartolomé Mitre, ex-presidente de la República Argentina? Me señala Achugar que en Montevideo hay incluso una calle que tiene el nombre de Bartolomito Mitre. Lo que, por mi parte, he proseguido a averiguar es que Mitre y Yedía murió en 1900, que publicó varios libros sobre asuntos literarios, entre ellos uno titulado *Cosas de locos*. En lo que respecta a Cancio, Achugar me sugiere que sí podría tratarse de un error de imprenta, pero uno de otra índole al que yo propongo arriba: el de que quizás el nombre Ciancio, común en el Río de la Plata, haya sido cambiado por Cancio. Esto es más resbaladizo. Muchas podrían ser las conjeturas, y no la menos probable, entre varias, el que a lo mejor se trata de una referencia específica al

II

ELOY ALFARO

... Cada vez que, por momentos, dije a mis lectores de *La Nación* páginas de mi vida, (quizá por el influjo de la «leyenda») cuan gustado que mis páginas exclusivamente literarias; cada vez, digo, que yo vuelva a escenas en que he tenido participación y que sean en absoluto «tierra caliente», he de pedir primero, comprensión del medio; segundo, visión de mi intelecto en ese medio. Diciendo más claro —o para otros— absolutamente obscuro: *Prosas profanas* en tiempos de Rozas.⁴

Diré, pues, cómo conocí y quién era ese hombre anciano y fatal que no murió ni en la belleza de la idea ni en el batallón de su carrera.

Era en Costa Rica. Un cadáver —el de un hombre ilustre, antiguo Presidente de la República, el Sr. José María Castro— estaba allí.⁵ Un viejo, bajito, canoso, con una barbilla de Napoleón III, tímido, ojos de ardilla, andaba por allí rodando y *haciendo revolución*; pues ese desventurado político de nuestra sociabilidad hispano-americana, de «por allá», era le encarnación de lo que dejó en literatura Montalvo, un semi genio que se tragó a Cervantes y al Diccionario.

Este General —¡ay!— tuvo el romanticismo de las tiranías, ¡qué fiebre amarilla, qué zancudo ni qué bubónica! Todavía tendré, si Dios quiere, tiempo de contar cosas que yo he visto; tiranos negros y tiranos rojos, tiranuelos amarillos y tiranuelos zambos, sátrapas con cierta cultura, o sátrapas que le hablan a usted en fino francés, y «¡que los despachen en caliente!», pongo esa frase porque los que sabemos cuentos clásicos tenemos a qué atenernos.

Vi, pues, a Eloy Alfaro en San José de Costa Rica. Mi recuerdo mental de ese caudillo, obtuso, a pesar de que, según me dicen, fue quien enviaba cheques de vida a Juan Montalvo a París; obtuso, pero agudo; agudo entre los politiquillos de las cinco, ocho y tal vez diez repúblicas; obtuso, pero calculador, calculador de gentes. No lo sé: «todo hombre tiene su precio». Si no lo de «licenciado o doctor»: ¡Tenga usted la bondad!... «Hizo morir mucha gente. Hizo desterrar mucha gente. Y él mismo fue un eterno desterrado, hasta cuando ocupó la Presidencia de la República».

Tuvo dos águilas encadenadas. Es decir una, Montalvo, porque Vargas Vila desde el fondo exclusivo y egoísta de su genio, me dijo, y podría recordar hasta sus palabras, el

jurisconsulto, profesor de legislación mercantil y economista español Juan Cancio Mena, muerto en 1911. Entre sus varios libros cuentan *Filosofía del Syllabus*, *Un problema económico* y *La cuestión obrera*. Ahora bien, toda la previa discusión importa más que nada, sin embargo, en tanto llama la atención a problemas de crítica textual, a la importancia del contexto, a la función del lector y a la recepción de un texto: al horizonte cultural.

4. La referencia es a Juan Manuel Ortiz de Rosas, general y político argentino (1793-1877). No es raro encontrar el nombre escrito con «z». *Prosas profanas* (1896, 1901), claro, se refiere al famoso poemario de Darío.
5. José María Castro (1818-92), ex-presidente, benemérito de la patria, fundador de la República de Costa Rica.

desdén que le inspiraba su favorecedor, muy mediocre de Roma. Por otra parte, cuando Vargas Vila revele cosas...⁶

Eloy Alfaro era un anciano inquieto, cuya presencia era un síntoma de nerviosidad en cualquier de aquellas repúblicas pequeñas. Representaba en política un romanticismo *demodé* y ya casi incomprensible para el lector que me busca en Buenos Aires. ¿Qué elogio le podría hacer? Porque después de todo era un hombre, Garzón me aprobará mi oración fúnebre.

— ¡Un gaucho en el Chimborazo!

RUBÉN DARÍO

[*Cervantes: revista hispano-americana* (Madrid), abril 1918, pp. 1-6]

6. José María Vargas Vila (1860-1933), escritor colombiano. Importa aquí recordar que fue autor de una elogiosa biografía sobre Eloy Alfaro: *La muerte del cóndor*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1914; hay una segunda edición, definitiva, debidamente revisada y corregida: Barcelona, Ramón Sopena, 1921.